



HISTORIA DE GUADALUPE Y CHRISTIAN OMAR: SEGUIR BUSCANDO HASTA ENCONTRARLOS

Me llamo Guadalupe Grajeda Esquer, soy madre de Christian Omar, quien desapareció el 11 de marzo de 2012. Desde ese día no he dejado de buscarlo. Christian Omar no es sólo un número de los más de 35 mil desaparecidos en México, es un joven trabajador, padre de dos hijos, hijo de un padre y una madre que lo amamos y lo seguiremos amando donde esté, y que daríamos nuestra vida por él. Ésta es mi historia y la de mi hijo, que de cierta manera es también la historia de mis compañeras Las Buscadoras, que como yo han sido víctimas de la violencia y la impunidad que desde 2009 afectan a todo el norte de Sinaloa.

Nací en Álamos, Sonora, en 1959; soy la mayor de seis hermanos, que crecimos huérfanos de madre y tuvimos que separarnos en lugares distintos para poder sobrevivir. Podríamos decir que mi madre murió de tristeza después de que una de mis hermanitas de tan solo 7 años fue atropellada por un borracho. Mi mamá estaba embarazada y no teníamos baño adentro de la casa, una noche que salió a la letrina se mojó mucho y se enfermó de neumonía. Pero ya tenía seis meses que apenas podía levantarse de la cama por la depresión, la muerte de mi hermanita la afectó muchísimo. Por eso digo que fue la tristeza la que se la llevó. El día que murió, como que presentía que nos iba a dejar, porque habló conmigo y me encargó a mis hermanitos. Yo tomé muy en serio su petición, me sentía responsable por ellos, fue un cambio muy importante en mi vida.

Mi papá trabajaba con una máquina trilladora y debía moverse de rancho en rancho; se iba a trillar trigo, maíz, frijol, lo que se cultivaba en aquellos tiempos. Como no podía cuidarnos, decidió llevarnos a vivir

con su mamá en Ciudad Obregón. Mi abuelita ya estaba muy grande y tenía pocos recursos, así que los seis hermanos dormíamos en un solo cuarto, sobre el piso de tierra, en un petate. Mi papá nos venía a visitar los fines de semana. Al poco tiempo, mis abuelos maternos se llevaron a mi hermanita de 7 años; querían llevarnos a todos, pero mi papá no los dejó. Él quería tenernos cerca, era un padre muy responsable y trabajador.

Así estuvimos durante cinco años, hasta que mi papá, buscando trabajo, se vino para Sinaloa y acá conoció a una señora y se juntó con ella. Fue así que a los 15 años me vine a vivir para estas tierras. Nosotros éramos seis y la señora tenía dos hijos, y luego tuvo tres más con mi papá, así que darle de comer a una familia de once niños no era fácil. Yo estudiaba la preparatoria y le ayudaba a mi papá en el trabajo del campo. Mi papá consiguió un pedazo de tierra y ahí sembrábamos, yo apoyaba limpiando y deshierbando. Quería seguir estudiando la universidad, pero mi papá no me dejó porque tenía las ideas de antes de que las mujeres sólo servíamos para casarnos; me decía: “La mujer para qué estudia, si al cabo se van a casar y no las van a dejar trabajar”.

Fue durante la preparatoria que conocí a mi marido, José Rosario Peña. Yo tenía sólo 15 años y él tenía 17. Vivía en el pueblo de Bachoco, pero a veces se quedaba aquí en Los Mochis con sus hermanas. Su familia tenía tierra, sus papás eran de Guanajuato, pero con la reforma agraria les dieron tierra por Bachoco y les fue bien con los cultivos, así que podían apoyarlo para que fuera a la universidad, donde estudió agronomía. Durante dos años fuimos novios, y cuando cumplí 17 años salí embarazada de mi primera hija, Paola Berenice, que nació en 1978; fue entonces que decidimos casarnos. Para entonces sus papás se habían venido a vivir a Los Mochis y nos dejaron su casa en Bachoco, que hasta ahora es la casa en donde vivimos.

A los cuatro años, el 4 de agosto de 1981, nació Christian Omar, y dos años después, Brenda Karely. Yo empecé a coser para ayudar a mi marido. Había aprendido algo de costura con mi mamá y con una tía que es modista, y se me daba bien. Ya de casada tomé un curso básico de costura y la maestra me decía que yo era “lírica”, porque sólo de ver

los diseños en la televisión los podía sacar. Empecé haciendo pequeños arreglos, pero me fue cayendo mucho trabajo y poco a poco me hice de clientes. Había ocasiones en que no podía ni dormir de tanto trabajo que me llegaba. Mientras tanto mi marido, con el apoyo de mis suegros, había comprado diez hectáreas de tierra y sembrábamos algodón. En aquel entonces había un buen mercado para el algodón y nos iba bien. Yo también apoyaba en el campo, deshierbando, zanjando y en tiempo de pisca pagaba a los trabajadores. Fueron buenos tiempos; la vida en Bachoco era tranquila, en temporada de calor la gente dormía en el patio, con las puertas abiertas, y no pasaba nada. Éramos una comunidad donde todos nos conocíamos y no había problemas de seguridad.

Los niños estudiaban en Bachoco y podían caminar por todo el pueblo sin problemas. Christian Omar era muy bailador y le gustaba montar coreografías. Desde que tenía diez años organizaba a los otros niños y dirigía los ensayos, y mi marido, bien consentidor, les hacía segunda, comprándole el vestuario y moviendo las bocinas. Iban a los distintos ejidos: a Juan José Ríos, a Cortines, a Los Mochis, a bailar para festivales. Ya de adolescente me lo pedían mucho para chambelán de las quinceañeras, era un muchacho muy popular.

A los 16 años embarazó a una compañera de la preparatoria y entonces se le acabaron los bailes. Decidieron casarse, así que fuimos a pedir a la novia y acordamos con los papás que tenían que terminar la preparatoria. Se casaron por la Iglesia y por el civil, pero eran tan jovencitos que parecían quinceañeros. Los primeros meses se vinieron a vivir con nosotros a Bachoco, él trabajaba con su papá manejando el tractor y estudiaba en las tardes. Así terminaron el bachillerato, y cuando en 1998 nació Cristina, su primera hija, decidieron venirse a vivir a Los Mochis a la casa de los papás de ella y mi hijo comenzó a trabajar como chofer de un colectivo. Se querían mucho, pero empezaron a tener problemas y mi nuera le pidió el divorcio. Sin embargo, después de divorciarse se reconciliaron y mi hijo le compró una casita para salirse de la casa de los suegros. En 2001 nació mi nieto, que lleva el mismo nombre de mi hijo: Christian Omar. Parecía que por fin las cosas empezaban a ir bien con su familia: tenían casa propia y había conseguido un trabajo se-

guro como intendente en una secundaria. Sin embargo, los problemas siguieron y en 2007 se separaron definitivamente; mi hijo decidió irse a los Estados Unidos a probar fortuna por un tiempo. Como ya tenía una plaza de vigilante, le pidió a su papá que lo cubriera y en la escuela aceptaron este arreglo.

Mi marido tiene parientes del otro lado⁹ y él tenía visa de turista, así que no le fue tan difícil como a otros, que tienen que cruzar ilegalmente. Quería probar fortuna y nosotros lo apoyamos. Su papá lo cubrió en la secundaria para que no perdiera la plaza. Estuvo más de un año en Portland, Oregon, donde encontró varios trabajos temporales: manejando un montacargas, puliendo pisos. Le iba bien y les mandaba dinero a sus niños. Cuando estuvo allá me hablaba cada tres días, era un hijo muy cariñoso y siempre estaba pendiente de nosotros.

A los seis meses se le venció el permiso, pero siguió trabajando así hasta que en una redada lo detuvo la migra y lo mandaron a un centro de detención en Tacoma, Washington. En cuanto nos enteramos nos fuimos para allá a buscarlo. Él sabía que contaba con nosotros, dejamos todo para ir a ayudarlo. Como sólo era un problema de falta de papeles, lo deportaron y volvió con nosotros a Los Mochis.

Regresó con muchos planes, se metió a estudiar nivelación académica y metió sus papeles a la Secretaría de Educación Pública para que le dieran una plaza como maestro. Tenía un trabajo estable y ayudaba a su papá en el campo, así que logró sacar otra casita con un crédito. Lo irónico es que finalmente su sueño se hizo realidad y los papeles de la plaza le llegaron cuando ya lo habían desaparecido.

Aunque las cosas en nuestra familia estaban bien, el ambiente en el norte de Sinaloa se empezó a poner muy feo. Comenzaron los levantones y aparecían encobijados¹⁰ por todos lados. Fue por 2009 que empezó esta pesadilla que estamos viviendo. Ese año marcó a mi familia porque se llevaron a un sobrino de mi marido; estaba comiendo en una taquería y llegó un grupo de hombres armados, encapuchados, y se lo

⁹ En Estados Unidos [N. de las E.].

¹⁰ Se refiere a la práctica de envolver los cuerpos de personas asesinadas en cobijas y tirarlos en espacios públicos o fosas clandestinas [N. de las E.].

llevaron junto con dos jóvenes más que estaban en otra mesa. A los pocos días apareció su cuerpo cerca del rancho. Esa desgracia afectó mucho a mi familia, empezamos a vivir con miedo, a tener muchas precauciones cuando los hijos andaban en carretera.

Nosotros nos movíamos mucho entre Los Mochis y el Ejido 2 de Abril, donde trabajaba mi hijo, y andábamos siempre con miedo. Nos tocó ver encobijados a la orilla de la carretera. Fue por esta época que se llevaron a los hijos de varias de las compañeras del grupo.

Por su trabajo, Christian Omar tenía que manejar como una hora entre el ejido donde estaba su escuela y su casa. Pasaba también que tenía que regar los cultivos de su papá, y esto había que hacerlo cuando llegaba el agua, y muchas veces era de madrugada. Así que yo vivía con miedo cuando él o su papá salían de madrugada a regar.

La realidad me dio la razón, mis miedos no eran infundados, porque el domingo 11 de marzo de 2012 nuestra vida y la de nuestro hijo cambió para siempre. A las 7:30 de la tarde salió de su turno y me habló desde la escuela para decirme que venía para el rancho porque iba a regar, andaba con un muchacho que se llama Tirso Álvarez, con el que se apoyaba para los riegos. Dieron las 9, las 10, las 11 de la noche y no llegaba. Entonces empecé a marcarle a su Nextel y a su celular y los dos sonaban apagados. Nos empezamos a preocupar, él nunca se desconectaba así. Su papá salió a buscarlo, recorrió el camino que él hacía cuando salía del trabajo y fue al Oxxo donde a veces se juntan los jóvenes a tomar, pero no lo encontró. Entonces mi corazón de madre me dijo que algo grave estaba sucediendo. Sentí que el miedo me recorría el cuerpo y me solté a llorar.

Todo el lunes nos dedicamos a buscarlo, fuimos a la escuela, a casa de sus amigos, a hospitales, funerarias, fuimos a ver si no lo tenían detenido. No había noticias de él por ningún lado. Hasta por los canales fuimos a caminar. Entonces decidimos poner la denuncia. Fuimos con la mamá de Tirso, y nos pidieron un montón de papeles. Así que mi marido se fue con la señora a Bachoco a buscar los papeles y yo me quedé en el Ministerio Público. Cuando llegaron al pueblo se encontraron con que había retenes y estaba lleno de ministeriales. Mandaron a un co-

mando de como siete camionetas de la policía a Bachoco, fueron a la casa de otro muchacho e hicieron un revolvedero, les robaron cosas y se llevaron una camioneta que tenían. También se metieron a la casa de mi hija. Nos hicieron sentir peor y, por supuesto, no resolvieron nada. Después nos llegaron chismes de que esos mismos comandos que llegaron a Bachoco se habían llevado a los muchachos, que alguna gente los había visto en las patrullas. Al mando de las patrullas iba quien entonces era jefe de la policía municipal de Ahome, Jesús Carrasco Ruiz.

Mi marido decidió ir a la oficina de derechos humanos¹¹ a poner la denuncia; les dijo los rumores de que Carrasco y su gente se los habían llevado. Dijeron que iniciarían la queja, pero no pasó nada. Mi esposo fue personalmente a confrontar a Carrasco, pero él lo negó todo. Reconoció que habían entrado a Bachoco y que habían cateado las casas, pero que ellos no se habían llevado a los muchachos. Anduvimos como locos, poniendo denuncias de un lado a otro. La familia del otro muchacho tenía un pariente que trabajaba cerca del gobernador, que entonces era Mario López Valdez, Malova le decían, y le pidieron ayuda para localizarlos. Dicen que Malova le respondió: “Si quieres conservar tu trabajo, no te metas en lo que no te importa”. Supimos entonces que nadie nos iba a ayudar, y seguimos solos con nuestra búsqueda. La mamá de Tirso es viuda, y tiene vacas que cuidar, así que no siempre podía acompañarnos. Hicimos fotos de los muchachos y nos pusimos a recorrer ejidos: fuimos a Sinaloa de Leyva, Ahome, Guasave, Choix, El Fuerte, San Blas. Pusimos fotos con su información por todos los pueblos, hablamos con las autoridades locales, fuimos a comandancias, recorrimos hospitales y deshuesaderos de carros. Toda nuestra vida giró en buscar a nuestro hijo.

Durante casi tres años los buscamos solos. Mi marido tomó el trabajo de mi hijo como intendente, siempre con la esperanza de que no perdiera la plaza a su regreso. Escuchábamos que se encontraban cuerpos, restos humanos, y cuando había una noticia de esas mi marido iba de inmediato a ver de quién se trataba. Mientras tanto mis nietos empezaron a resentir la ausencia de su papá. Sus abuelos maternos no que-

¹¹ Se refiere a la Comisión Estatal de los Derechos Humanos de Sinaloa [N. de las E.].

rían que se enteraran, pero aquí todo se sabe. La niña en especial, que entonces tenía trece años, se deprimió mucho. Aunque no vivían con su papá, eran muy apegados a él, han sufrido mucho con su desaparición.

Yo también siento a veces que no puedo más con tanta tristeza, pero la urgencia de buscarlo me mantiene de pie. Antes de encontrar a Las Buscadoras, todos los lunes al salir de la escuela íbamos al Ministerio Público a ver si había noticias. Nunca había novedades, éramos nosotros los que teníamos que informarles a ellos, pues nosotros sí buscábamos y ellos nunca han hecho nada. Fue en una de estas vueltas al Ministerio Público, en enero de 2015, que conocí a Mirna Medina. Me invitó a una de las marchas y me pidió que le diera la información de mi hijo, porque estaba pidiendo una cita con el gobernador y quería juntar la información de todos los desaparecidos.

Así me fui integrando al grupo, empecé a ir a reuniones, a informarme. Después llegó gente de la PGR a tomarnos pruebas de ADN y nos pidieron documentos de nuestros hijos. En mi caso me pidieron su cartilla, y querían que fueran originales; se llevaron todo lo que les dimos y nunca nos lo regresaron. Hasta la fecha no han hecho nada, somos las madres las que hemos seguido buscando y hemos encontrado a varios de los jóvenes desaparecidos. Nunca imaginé que andaría con palas y picos buscando a mi hijo por el monte... Nunca.

Me llevó tiempo decidirme a ir a las búsquedas; asistía a las juntas, a las marchas, pero no iba al monte con el grupo. Mi marido y mis hijos no querían que fuera porque tengo un problema de salud que se llama osteopenia, que me afecta la columna, y tenían miedo de que me pudiera caer y lastimar. Pero la desesperación por encontrar a mi hijo me hizo tomar la decisión de unirme a las búsquedas; me ha tocado encontrar a cuatro jóvenes, a quienes se les pudo dar santa sepultura.

También participo en un colectivo que se llama Grupo Recuperación Culiacán-Bachoco, A. C., en donde hemos trabajado el tema de las enfermedades emocionales y las pérdidas. Este trabajo emocional también me ha ayudado a salir adelante. Con Las Buscadoras me siento menos sola y me he vuelto más independiente, antes no hacía nada si no iba con mi marido. Hasta me reclama que lo dejo solo, porque él no va a

las búsquedas; él tiene que trabajar en la escuela y en la parcela. Yo hasta más “hablantina” me he vuelto, ya no me da miedo participar y dar mi testimonio. Me ha tocado ir a Estados Unidos en una gira y representar al grupo, hablar frente a mucha gente, en programas de radio. Les conté lo que hacemos, los problemas que enfrentamos y también compartí mi propia historia. Fue una sensación muy rara, porque fue como desandar los pasos de mi hijo cuando estuvo en Estados Unidos, no podía dejar de pensar en cómo fue ese año que anduvo por allá. Estuvimos frente al Centro de Detención de Migrantes de Tacoma en una protesta, y yo acordándome de cuando mi hijo estuvo detenido ahí. No les conté a los organizadores de nuestra gira, pero todo el tiempo estaba pensando en eso.

Fue un viaje muy importante para mí porque nos encontramos con gente muy buena, muy solidaria; también nos enteramos que allá en Estados Unidos hay personas que tienen hijos desaparecidos, no porque cruzan la frontera ya no existe este problema.

La gente que me conoce dice que he cambiado a raíz de que estoy en el grupo, ya no soy tan tímida, ya tomo la palabra. Ha sido mi hijo el que me ha hecho salir de la casa y aprender a reclamar. A veces pienso que la vida me ha dado golpes muy fuertes, pero éste fue la estocada, el más fuerte que me dio. Desde que nací me ha tocado batallar, enfrentar muchas cosas, pero el dolor de tener un hijo desaparecido es lo más duro que hay. Ya no creo en la justicia del gobierno; lo único que quiero es encontrar a mi hijo, porque la justicia aquí ya he entendido que no existe. La única justicia que espero es la del de arriba.¹² Lo que quiero es encontrar a mi hijo, yo no quiero encontrar al culpable ni quiero desearle mal a los que se lo llevaron, porque ellos tienen familia y su familia no tiene la culpa. Cuando escucho que algunas personas dicen: “ojalá que a ellos también les pase lo que le pasó a mi hijo”, de inmediato pienso en las madres de estos jóvenes, y no les deseo a ellas lo que yo he vivido. No maldigo a nadie, porque las maldiciones se regresan y terminan afectándote a ti y a tu familia.

¹² Expresión empleada para referirse a Dios [N. de las E.].

A todas las madres que tienen hijos e hijas desaparecidos les digo que no pierdan la fe, que hay que seguir buscando. Así se nos vaya la vida en ello. Mientras Dios nos lo permita, seguir buscando hasta encontrarlos. Y en el camino, si no encontramos a los nuestros, de pérdida ayudamos a otras madres a encontrar a sus hijos.

CARTA A GUADALUPE GRAJEDA ESQUER DESDE ATLACHOLOAYA, MORELOS

Te abrazo con mucho cariño como si esta noche nos tomáramos un café que llegó al alma y tú me contaras en instantes toda tu vida, donde existe el dolor al igual que en la mía.

Mi nombre es María Elena Basave Simbra, estoy privada de mi libertad desde hace 15 años, tengo tres hijos, a los cuales dejé de 9, 13 y 17 años. Cuando Aída Hernández, la antropóloga, nos comentó de ustedes, nos sugirió que escribiéramos algo sobre sus historias; al principio dudé, lo pensé mucho porque se me cae la cara de vergüenza de escribir desde este lugar en el que me encuentro. Pero leyendo su historia me doy cuenta que ambas somos víctimas de la violencia y la impunidad. Los verdaderos delincuentes andan libres en las calles, ignorando lo que realmente vivimos en este lugar, siguen destruyendo familias, detienen gente inocente para hacerle creer a la sociedad que trabajan, cuando la realidad es otra. Soy inocente de un homicidio que no cometí, así también hay muchas de mis compañeras. Por azares de la vida me tocó leer tu historia, “qué coincidencia”, justo el día que Christian Omar, tu hijo, cumplió 7 años de desaparecido; llega tu historia a mis manos el lunes 11 de marzo de 2019. No creo en las coincidencias, yo tenía que conocer esta historia y tenía que escribir esta carta.

Imagino tu rostro con facciones duras, dispuesta a seguir luchando; tus ojos como de vidrio, llenos de amor. Si ese amor y fortaleza que Dios te dio y lo traes de corona y que en las noches te obliga a perseguir a la luna cuestionándola si sabe ella algo. Se fue a mitad de la noche, llevándose tu pasión y tus deseos... Pero no es verdad, porque sigues de pie, tus ilusiones, tus sueños, todo sigue en ti ¡mujer! Tienes una familia, un esposo, unos hijos, nietos, por lo cual tienes que seguir luchando.

La vida en ocasiones es muy dura, desafortunadamente; a ti, a mí y a otras mujeres nos ha tocado vivir una situación diferente, pero esto no es obstáculo para detenerse, hay que seguir adelante. Estoy muy conmovida de escribirte y te puedo

decir que siento tu dolor y te entiendo, puesto que yo también soy madre y he tenido que renunciar a mis hijos, dejándolos solos a la deriva. Te agradezco la bondad de compartir con una sociedad muy dura y conmigo tu historia. La leí lentamente, imaginando cada momento que viviste, cada imagen que describes, tratando de masticar la noche porque en este infierno lo más terrible son sus noches, donde entra la zozobra de preguntarnos ¿dónde estarán nuestros hijos?, ¿qué estarán haciendo?... El sueño en ocasiones no visita la cama de piedra, con esos pensamientos desagradables me levanto a pedirle a Dios o a escribir. ¿Sabes?, escribir es una terapia buena para calmar un poco el dolor interno, pero existe Dios, él sana todo, aquí fue que le conocí.

Ten fe, síguelo pidiendo mucho a Dios, deseo que te siga dando fuerza para que sigas adelante. Ten la certeza de que sí existe la justicia divina (Romanos 12:19). Que la paz de Cristo Jesús more en tu corazón y en el de toda tu familia, cuídalos, que ellos también te necesitan.

Atentamente, una mujer escribiendo a otra mujer.

MARÍA ELENA BASAVE SIMBRA